

## SANTIFICAR LAS FIESTAS

Con el precepto *acuérdate de santificar el día de sábado*<sup>1</sup>, se cierra la primera parte o tabla del Decálogo, que comprende las normas que regulan directamente las relaciones del hombre con Dios. También este mandamiento es como una consecuencia del primero de los preceptos. *Porque no podemos dejar de venerar públicamente, y dar gracias, a Aquel a quien adoramos en la intimidad de nuestro corazón, movidos por la fe y la esperanza que en El hemos depositado. Y como esto no puede cumplirse fácilmente por quienes están ocupados en los afanes humanos, por eso se determinó un tiempo para que pueda llevarse a cabo con tranquilidad*<sup>2</sup>.

Como los demás preceptos de la ley mosaica, este mandato divino recoge una exigencia moral de la naturaleza humana. *El hombre, en efecto, ha de dedicar algún tiempo a tareas precisas, como son el descanso, el sueño, u otras parecidas. Pues de este mismo orden natural dimana que, al igual que al cuerpo, se conceda al alma algún espacio para que se fortalezca por el trato con Dios*<sup>3</sup>. Por otro lado, la misma naturaleza social del hombre exige que éste manifieste exteriormente los ac-

(1) Exod. XX, 8.

(2) Catecismo Romano, parte III, cap. IV, n. 1.

(3) Ibid., n. 6; cfr. Santo Tomás, S Th. II-II, q. 122, a. 4 ad 1.

tos internos de culto a Dios, que se comuniquen con otros en materia religiosa, y que profese su religión de forma comunitaria <sup>4</sup>, siendo evidente que para cumplir este deber social del culto público, se hace necesaria una determinación autorizada del modo y del tiempo en que debe realizarse; de lo contrario no sería posible más que el culto individual y privado.

Se entiende, pues, que desde antiguo haya querido Dios recoger y confirmar con la ley revelada esa norma de moral natural, indicando además los días para El reservados. De este modo, al establecer una cierta periodicidad en el culto, también quedó consagrado el uso del tiempo a Dios, su Autor y Señor, pues El creó *en el firmamento de los cielos lumbreras para separar el día de la noche, y servir de señales a estaciones, días y años* <sup>5</sup>.

### *El precepto sabático del Antiguo Testamento*

En el Exodo se narra que Dios estableció un día especial de la semana para que todo el pueblo le rindiera culto <sup>6</sup>. Se trata de un *día de descanso, consagrado a Yavé*, porque el mismo Señor *bendijo el día de sábado y lo santificó*, de modo que el hombre debe reservarlo exclusivamente para Dios, absteniéndose de trabajar <sup>7</sup>, ofreciendo oblaciones y sacrificios <sup>8</sup>, y gozando con paz y alegría del alma <sup>9</sup>.

Además de reservarse el sábado, Dios instituyó otras fiestas, en recuerdo de las misericordias y portentos que había realizado en su pueblo; principalmente, la salida de Egipto, en la festividad de Pascua; su

(4) Concilio Vaticano II, decl. *Dignitatis humanae*, n. 3.

(5) *Genes.* I, 14; cfr. *Act.* XVII, 26.

(6) Cfr. *Exod.* XX, 8-11.

(7) Cfr. *Exod.* XXX, 15-17; XXXIV, 21; XXXV, 2; *Levit.* XXIII, 3; *Deut.* V, 12-15; *Ierem.* XVII, 21-22; *Amos* VIII, 5; *Nehem.* X, 32.

(8) En *Num.* XXVIII, 9-10 se establece para el sábado un sacrificio de dos corderos: *el día del sábado, dos corderos primales, sin defecto, y como oblación, dos décimas de flor de harina amasada con aceite y su libación. Este es el holocausto del sábado, para cada sábado, a más del holocausto perpetuo y su libación. Según Ezech.* XLVI, 4, en el futuro, la ofrenda de los sábados será de seis corderos sin defecto y un carnero sin defecto.

(9) Cfr. *Num.* X, 10; *Iudit* VIII, 6; *Isai.* LVIII, 13.



peregrinación por el desierto, en la fiesta de los Tabernáculos; y la promulgación de la ley, en la solemnidad de Pentecostés <sup>10</sup>.

La santificación de esos días —su dedicación exclusiva a Dios— aparece como un deber grave, subrayado reiteradamente de modo expreso a lo largo del Antiguo Testamento, e impuesto bajo pena capital <sup>11</sup>, cuya estricta aplicación exige Dios <sup>12</sup>, cuando se hace necesario que quede bien impresa en la mente del pueblo de Israel la gravedad de ese precepto. Más tarde, los profetas señalarán como una de las causas de la ira de Dios, el que su pueblo no haya guardado sus sábados o no celebre las solemnidades con verdadera piedad <sup>13</sup>, manifestación de que no respetan al Señor ni obedecen sus mandatos.

También en la Sagrada Escritura se expone el sentido moral de ese precepto: *no dejéis de guardar mis sábados, porque el sábado es entre mí y vosotros una señal para vuestras generaciones, para que sepáis que soy yo, Yavé, el que os santifica* <sup>14</sup>. Era el sábado señal de la infinita Santidad de Dios, que había condescendido hasta establecer un pacto con los hombres, prometiéndoles la felicidad en esta vida y en la venidera, pero exigiéndoles que le adorasen y reconociesen como su único Señor.

Como explica el Catecismo Romano, el sábado era *también señal y como memoria de la creación de esta maravillosa obra del universo. Además, era señal para que los israelitas recordaran que por el auxilio de Dios habían sido rescatados y redimidos del yugo durísimo de la esclavitud de Egipto, como se ve por aquellas palabras: "acuérdate de que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y de que Yavé, tu Dios, te sacó de allí con mano fuerte y brazo tendido; y por eso Yavé, tu Dios, te manda guardar el sábado"* <sup>15</sup>. De otro lado, era anuncio del descanso espiritual y del celestial.

*El sábado espiritual consiste en un reposo santo y místico, que se logra cuando el hombre viejo —sepultado juntamente con Cristo— se renueva para la vida, y se ejercita diligentemente en la conducta que*

(10) Cfr. Levit. XXIII; Num. XXVIII y XXIX.

(11) *Guardaréis el sábado, porque es cosa santa. El que lo profane será castigado con la muerte; el que en él trabaje será borrado de en medio de su pueblo* (Exod. XXXI, 14). Cfr. Exod. XXXV, 2; II Esdr. XIII, 18; I Mac. I, 45.

(12) En Num. XV, 32-36 Dios condena con la pena capital a un israelita que ha recogido leña en día de sábado: *sin remisión muera ese hombre*.

(13) Cfr. Isai. I, 12-15; Jerem. VI, 20; Osee VI, 6; Amos VIII, 5; Mich. VI, 6-8.

(14) Exod. XXXI, 13; cfr. Ezech. XX, 12.

(15) Deut. V, 15.

conviene a la piedad cristiana (...). El sábado celestial, según enseña San Cirilo <sup>16</sup> al exponer el pasaje del Apóstol: “queda todavía un gran descanso para el pueblo de Dios” <sup>17</sup>, es aquella vida venidera en la que, arrancado el pecado de raíz, y viviendo en Cristo, gozaremos de todos los bienes <sup>18</sup>.

El precepto sabático es, pues, de naturaleza radicalmente religiosa y cultural <sup>19</sup>, en la que el reposo de las actividades productivas está al servicio del fin de adorar a Dios. Además, teniendo lugar en el último día de la semana, se muestra también como término al que hay que orientar cada jornada, y como un medio para renovar y confirmar la fe y la esperanza en el Mesías, que inaugurará el descanso definitivo en Dios <sup>20</sup>.

En resumen, el precepto de la santificación del sábado recoge una prescripción de la ley natural, que Dios concreta en el séptimo día de cada semana, determinando a la vez el modo de santificarlo. La esencia moral de ese mandamiento —la consagración del tiempo a Dios— es inmutable, como inmutable es la ley eterna de la que participa la norma natural; pero las determinaciones positivas que el Señor señaló a los israelitas —*pues no convenía dejar al arbitrio de un pueblo rudo la elección del tiempo* <sup>21</sup>— pertenecen a la parte ceremonial de la ley mosaica, que iba a quedar abrogada con la ley de Cristo.

## El domingo, día del Señor

Una de las características fundamentales de la predicación de Jesucristo, es el carácter absoluto de sus mandamientos, que exigen una obe-

(16) *In Evang. Ioann.* 4, 7.

(17) *Hebr.* IV, 9.

(18) *Catecismo Romano*, parte III, cap IV, nn. 14-16.

(19) La institución del sábado como día de descanso y día sagrado es exclusiva de la religión judaica. Es un hecho que no puede explicarse apelando a razones de índole económica, cultural, o social. El sábado es instituido por Dios directamente como señal del pacto, también único y exclusivo, establecido con el pueblo de Israel. Que en la ley divina se asuman instancias de orden natural, como beneficios sociales y económicos, es lógico, porque Dios es también el autor de la naturaleza y además con esos premios facilitaba el cumplimiento de su mandato. Pero en los planes divinos, esos beneficios ocupan un lugar secundario.

(20) *Cfr. Hebr.* IV, 1-11.

(21) *Catecismo Romano*, parte III, cap. IV, n. 13.



diencia, una adhesión total e incondicionada: *con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu inteligencia y con todas tus fuerzas* <sup>22</sup>. Tal exigencia no podía satisfacerse con una observancia externa, meramente formal y obsequiosa; por eso había de entrar en conflicto con la mentalidad farisaica. Buena muestra son las numerosas contradicciones que tuvo el Señor a propósito del sábado <sup>23</sup>. En ningún momento rebaja la santidad de ese día <sup>24</sup>, pero no consiente que se confunda la consagración del sábado a Dios con las tradiciones humanas. Como *dueño del sábado* <sup>25</sup>, Jesucristo da la interpretación correcta del mandato divino: *es lícito hacer el bien en día de sábado* <sup>26</sup>, aliviar las necesidades y curar las dolencias del alma y del cuerpo, tanto más cuanto que las obras de misericordia espirituales y corporales nacen de la misma caridad, del mismo amor filial, que mueve a que *los verdaderos adoradores adoren al Padre en espíritu y verdad* <sup>27</sup>.

Del mismo modo que la Revelación del Nuevo Testamento es más perfecta que la del Antiguo, así el culto exigido por Cristo —tanto privado como público— es mucho más excelente. A partir de nuestro Redentor, ya no tratamos con las figuras de las cosas, sino con su realidad sobrenatural. Las leyes ceremoniales que determinaban el tercer precepto del Decálogo en la ley mosaica, ceden su lugar a las que impone la ley evangélica. Surge un nuevo culto, porque tenemos un nuevo Sacerdote y se ofrece una nueva Víctima, Jesucristo, cuya acción sacrificial queda perpetuada hasta el fin de los tiempos en el Santo Sacrificio del Altar. Como el sacerdocio levítico y sus ofrendas eran sombras y figuras del nuevo Sacerdote y Víctima <sup>28</sup>, así también el antiguo culto es sombra y figura del nuevo, inaugurado y cumplido por nuestro Salvador <sup>29</sup>. La liturgia católica no es otra cosa que *el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo* <sup>30</sup>.

(22) *Marc.* XII, 30.

(23) Los Evangelios notan como Cristo mismo, hasta su resurrección, guardó con sus discípulos el sábado y todas las fiestas judaicas: cfr. *Matth.* XXVI, 18 ss; *Luc.* II, 41 s; IV, 16; XXIII, 54 ss; *Ioann.* II, 13; V, 1; VII, 2 ss; X, 22.

(24) Cfr. *Matth.* XXIII, 4; *Marc.* I, 21; II, 25-27; VI, 2; *Luc.* XIII, 16; XIV, 15; *Ioann.* IX, 16; etc.

(25) *Luc.* VI, 5.

(26) *Matth.* XII, 12.

(27) *Ioann.* IV, 23.

(28) Cfr. *Hebr.* VII, 23-25.

(29) Cfr. *Hebr.* IX, 1-10; *Colos.* II, 16-17: *que nadie os juzgue por razón de la comida o bebida, o de una fiesta, o de los novilunios o sábados; porque todo eso era sombra de lo venidero, cuya realidad es Cristo.*

(30) Concilio Vaticano II, const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.



Por eso enseña el Catecismo Romano que *el tiempo en que se había de derogar el culto del sábado, era aquel mismo en que quedaban anticuadas las demás ceremonias y cultos hebraicos, es decir, con la muerte de Cristo. Porque siendo aquellas ceremonias como imágenes sombreadas de la luz y la verdad, era necesario que se disipasen con la venida de la luz y la verdad que es Jesucristo* <sup>31</sup>.

El sábado perdió su primacía al cumplirse la realidad que significaba: cuando Jesús, con su muerte y resurrección, nos libró de la esclavitud del pecado y del demonio <sup>32</sup>, abriéndonos el camino a una nueva vida; cuando el Hijo de Dios encarnado alcanzó su glorificación, descansando así de su obra redentora en el tiempo —como la Trinidad descansaba y se gloriaba al concluir los seis días de la creación—, y llamando a todos los hombres a participar de su descanso; cuando nos fue enviado el Espíritu Santo, que con sus dones guía a las almas que responden dócilmente, y las hace ya pregonar en la tierra de la alabanza a Dios y del goce que serán perpetuos en el cielo <sup>33</sup>.

Habiendo, pues, caducado el antiguo precepto sabático, se hacía necesaria una nueva determinación positiva que recogiera el mandato divino de santificar las fiestas. *Por esta razón determinaron los Apóstoles consagrar al culto divino el primero de los días de la semana, y le llamaron domingo* <sup>34</sup>. Efectivamente, *la Iglesia, por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Jesucristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en la fecha que es llamada con razón día del Señor o domingo (...). Por eso el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de descanso del trabajo* <sup>35</sup>.

Ya en ese fundamento apostólico y en el entronque directo con el día en que resucitó Nuestro Señor, se deja ver que el precepto dominical no es una mera determinación positiva de una norma de la ley natural, sobre la que la autoridad humana —eclesiástica o civil— pueda decidir a

(31) *Catecismo Romano*, parte III, cap. IV, n. 5.

(32) Cfr. *Galat.* V, 1-13; *I Cor.* VII, 22.

(33) El domingo, día de la resurrección de Nuestro Señor y de la venida del Espíritu Santo, es recuerdo de nuestra redención y anticipo de la fiesta del cielo. Cfr. *Catecismo Romano*, parte III, cap. IV, n. 18.

(34) *Catecismo Romano*, parte III, cap. IV, n. 7.

(35) Concilio Vaticano II, const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 106.

su arbitrio. A diferencia de las normas puramente eclesiásticas, donde la autoridad de la Iglesia puede intervenir hasta suprimirlas por completo, y a ~~diferencia~~ <sup>semejanza</sup> de los preceptos inmediatamente divinos, sustraídos por tanto a la competencia de esa autoridad, el mandamiento del domingo queda fuera del poder de esa autoridad en su principio, ya que por derecho divino la realidad figurada por el antiguo mandato sabático debe realizarse perpetuamente en la nueva ley. Cuando los Apóstoles establecieron la santificación del domingo, y precisamente ese día y no otro, siguieron lo que inequívocamente era la Voluntad de Dios.

Por eso el domingo no es, para un cristiano, un día como los demás. Todas las jornadas deben santificarse, pues hay que buscar a Dios en todo tiempo y lugar; pero el Señor ha marcado ese día como suyo: *dies Dominicus*, día del Señor, y el cristiano ha de santificarlo como quiere Dios, acatando también de esta forma la Voluntad soberana de su Padre y Creador.

Lo específico del precepto dominical no es la consagración genérica del tiempo: eso está ya contenido en el primero de los mandamientos. Lo específico es reservar un día preciso para la alabanza y servicio de Dios, tal como El desea ser alabado y servido. *Es un derecho y un poder de Dios exigir del hombre que dedique al culto divino un día a la semana, para que así su espíritu, descargado de las ocupaciones cotidianas, pueda pensar en los bienes del cielo y, en la escondida intimidad de su conciencia, examinar cómo andan sus relaciones personales, obligatorias e inviolables con Dios* <sup>36</sup>.

### *El sentido cristiano de las fiestas*

Además del domingo, desde el principio de la Iglesia los Apóstoles, y después, en los tiempos sucesivos, nuestros Santos Padres, establecie-

(36) Juan XXIII, Litt. enc. *Mater et Magistra*, 15-V-1961.



ron otros días festivos, para que conmemorásemos filial y santamente los beneficios de Dios. Figuran entre ellos como muy solemnes los que recuerdan los misterios de nuestra Redención. Después, los que están dedicados a la Santísima Virgen Madre, y luego a los Santos Apóstoles y a los Mártires, y todos los demás Santos que reinan con Cristo <sup>37</sup>.

Todas estas fiestas, junto con los domingos —distribuidos según los tiempos—, constituyen el año litúrgico, que *no es una representación fría e inerte de cosas que pertenecen a tiempos pasados, ni un simple y desnudo recuerdo de una edad pretérita; sino más bien es Cristo mismo que persevera en su Iglesia y que prosigue aquel camino de inmensa misericordia, que inició en esta vida mortal cuando pasaba haciendo el bien* <sup>38</sup>, *con el bondadosísimo fin de que las almas de los hombres se pongan en contacto con sus misterios, y en cierto modo por ellos vivan* <sup>39</sup>. De ahí el importante papel que desempeña el año litúrgico en la vida cristiana.

Por otro lado, al instituir la fiesta de Cristo Rey, recordaba Pío XI que *para instruir al pueblo en las cosas de la fe y servirse de ellas para atraerle a los íntimos goces del espíritu, las fiestas anuales de los misterios sagrados tienen mucha más eficacia que otras enseñanzas del Magisterio eclesiástico, por autorizadas que sean. Estas, las más de las veces, son sólo conocidas por algunos fieles, más instruidos que los demás; aquéllas llegan e instruyen a todos. Estas —por decirlo de algún modo— hablan una sola vez; aquéllas, cada año y sin interrupción. Estas penetran en la inteligencia; aquéllas remueven al hombre entero, inteligencia y corazón* <sup>40</sup>.

No se puede menospreciar el papel de educación en la fe de las festividades litúrgicas que, incluso históricamente, han nacido en la Iglesia por inspiración del Espíritu Santo, en momentos en que era más necesario reafirmar la adhesión de los fieles a algún dogma revelado. También en este terreno hay quienes procuran quitar, reducir, simplificar. Y se da la paradoja de que *mientras éstos tratan de reducir las ceremonias, el Estado —en la vida civil, militar, académica, etc.— las estable-*

(37) *Catecismo Romano*, parte III, cap. IV n. 19.

(38) Cfr. *Act.* X, 38.

(39) Pío XII, Litt. enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947.

(40) Pío XI, Litt. enc. *Quas primas*, 11-XII-1925.



*ce, las aumenta y las complica: porque el pueblo necesita esas manifestaciones sensibles. Y, en nuestro caso, la primera razón no es ésta: sino el amor a Dios, el culto a Dios, rendido en Cristo por hombres, que tienen cuerpo y alma* <sup>41</sup>.

### *La santificación de las fiestas*

Enseña el Catecismo de la Doctrina Cristiana que *el tercer mandamiento "santificarás las fiestas", nos manda honrar a Dios con obras de culto en los días de fiesta* <sup>42</sup>, y *nos prohíbe las obras serviles* <sup>43</sup>.

El precepto no se propone sólo obtener espacio para el necesario descanso en el trabajo, disponer de tiempo y condiciones oportunas para otras actividades de orden cultural, recreativo..., lograr una mayor dedicación a la propia familia, conseguir un clima interior y externo distensivo y amable; todo esto son exigencias legítimas que contempla y promueve el precepto divino. Pero *el verdadero y propio sentido de este mandamiento es éste: que el hombre, descargado por algún tiempo fijo de los afanes y preocupaciones terrenas, se dedique alma y cuerpo a tratar y adorar a Dios* <sup>44</sup>. O, dicho con otras palabras, en la observancia de este mandamiento *se deben distinguir dos aspectos. Uno es el fin, y ése es que el hombre se ocupe de las cosas divinas (...). Otro es la cesación de los trabajos* <sup>45</sup>, y todas las ventajas que eso trae consigo, que por tanto tienen un carácter de medio.

(41) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956.

Haciendo las oportunas acomodaciones al contenido teológico de cada fiesta del año litúrgico, se les podrían también aplicar aquellos cinco motivos, basados en las virtudes teologales, por los que —según Santo Tomás— los domingos ayudan a acercarse a Dios: 1) porque siendo el primer día de la semana cuando se inició la creación, impide que el cristiano caiga en el error de pensar que el mundo existió desde siempre; 2) porque le instruye en la fe en su Redentor, al recordarle que su cuerpo no se corrompió, resucitando glorioso; 3) porque le fortalece en la esperanza de que llegará un día en que descansará de todos sus trabajos, se acabarán las tentaciones y será definitivamente libre del poder del diablo; 4) porque le aviva el amor, poniéndolo en condiciones de desembarazarse de las cosas terrenas; y, por último, 5) le permite ejercer la caridad con aquellos que de él dependen, facilitándoles el descanso y la oración (Cfr. *In duo praecepta...*, praec. 3).

(42) *Catecismo de San Pio X*, n. 390.

(43) *Ibid.* n. 395.

(44) *Catecismo Romano*, parte III, cap. IV, n. 11.

(45) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 122, a. 4 ad 3.

En relación a ese segundo aspecto, el precepto cristiano es menos estricto que las determinaciones positivas del Antiguo Testamento. En efecto, *la observancia del descanso dominical sucede en la nueva ley a la observancia del sábado, no por la fuerza de la formulación de la ley, sino por mandato de la Iglesia y por la costumbre del pueblo cristiano. Esta observancia no es simbólica, como lo fue la del sábado en la ley antigua. Y, por lo mismo, no es tan rigurosa la prohibición de trabajar en domingo* <sup>46</sup>. La Iglesia prohíbe sólo los trabajos materiales en que el cuerpo tiene más parte que el espíritu <sup>47</sup>, dispensando de la prohibición cuando existe una causa proporcionalmente grave <sup>48</sup>.

A pesar de todo, el precepto del descanso dominical obliga gravemente, de modo que *trabajando el día de fiesta se comete pecado mortal, aunque excusa de culpa grave la brevedad del tiempo que se emplea* <sup>49</sup>.

La Iglesia ha urgido siempre la observancia de este deber, y lo ha definido contra los abusos de la *mentalidad técnica* que *despoja al domingo de su singular dignidad como día del culto divino y del reposo físico y espiritual para los individuos y las familias, convirtiéndolo, por el contrario, sólo en uno más de los días libres en el curso de la semana, que podrían incluso ser diferentes para cada miembro de la familia, según el mayor rendimiento que se espera obtener de tal distribución técnica de las fuerzas materiales y humanas* <sup>50</sup>. Refiriéndose al descanso festivo, el Magisterio eclesiástico ha recordado que *a nadie es lícito ceder ni*

(46) *Ibid.*, ad 4.

(47) *Catecismo de San Pío X*, n. 396. En el código de Derecho Canónico, can. 1248, se dice que *hay que abstenerse de trabajos serviles y de actos forenses, e igualmente, a no ser que lo autoricen las costumbres legítimas o indultos peculiares, hay que abstenerse del mercado público, de las ferias y de otras compras y ventas públicas*.

Para determinar si un trabajo es servil o no, mientras no se dé una interpretación autorizada de la Iglesia, hay que atender a la naturaleza misma del trabajo —si, por ejemplo, es una actividad fundamentalmente corporal— y a la apreciación común de personas prudentes y piadosas. Hoy día, por lo general, las obras serviles tienden a identificarse con las actividades productivas, interesadas, y que no son necesarias para el bien de los demás, de la sociedad, etc.

(48) Entre los motivos principales de dispensa del precepto del descanso se cuentan la necesidad propia o ajena, el servicio a la Iglesia, una gran utilidad privada o pública, el mandato del superior con facultad de dispensar, etc. (cfr. Santo Tomás, *In duo praecepta...*, praec. 3).

Para la dispensa está establecido que *no solamente los Ordinarios del lugar, sino también los párrocos, en casos singulares y con justa causa, pueden dispensar la ley común de guardar las fiestas* (C.I.C., can. 1245, §1).

(49) *Catecismo de San Pío X*, n. 397. Hay que tener en cuenta que se peca mortalmente aun cuando no haya desprecio formal de la ley y se evite el escándalo.

(50) Pío XII, *Nuntius radioph.* 24-XII-1953.



exigir el abandono de las obligaciones que el hombre tiene con Dios o consigo mismo <sup>51</sup>.

El descanso no debe ser interpretado por nadie como el goce de una más larga holganza inoperante (...), sino justamente como descanso consagrado a Dios <sup>52</sup>. Por eso urge, más que el reposo mismo, la obligación de evitar el pecado y la ociosidad, porque la ociosidad, dice el *Eclesiástico* <sup>53</sup>, enseña muchas maldades. Y San Jerónimo escribe a Rústico: "trabaja sin cesar en alguna cosa buena, para que el demonio te encuentre siempre ocupado". No sería bueno guardar más que las fiestas muy principales, si en las otras uno se queda ocioso <sup>54</sup>. No se trata, pues, de no hacer nada, sino, especialmente en las fiestas, de *saber tener todo el día cogido por un horario elástico, en el que no falte como tiempo principal —además de las normas diarias de piedad— el debido descanso, la tertulia familiar, la lectura, el rato dedicado a una afición de arte, de literatura o de otra distracción noble: llenando las horas con una tarea útil, haciendo las cosas lo mejor posible, viviendo los pequeños detalles de orden, de puntualidad, de buen humor* <sup>55</sup>.

Por otro lado, al urgir el cumplimiento del descanso dominical, la Iglesia pretende además fomentar la vida de familia: *constituye también un derecho y una necesidad para el hombre hacer una pausa en el duro trabajo cotidiano, no ya sólo para proporcionar reposo a su fatigado cuerpo, y honesta distracción a sus sentidos, sino también para mirar por la unidad de su familia, que reclama de todos sus miembros contacto frecuente y serena convivencia* <sup>56</sup>. De modo que, en el espíritu del mandato —si no en la letra— queda comprendido el deber de que cada uno dedique mayor atención a su familia, aprovechando el descanso festivo. Esta obligación puede considerarse como la principal, después del culto a Dios.

(51) León XIII, Litt. enc. *Rerum novarum*, 15-V-1891.

(52) *Ibid.*

(53) *Eccli.* XXXIII, 29.

(54) Santo Tomás, *In duo praecepta...*, praec. 3.

(55) *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 111.

(56) Juan XXIII, Litt. enc. *Mater et Magistra*, 15-V-1961.

Pío XII exhortaba a que el domingo cristiano ofreciera a la familia aquella cohesión y unidad que, desgraciadamente, ya no le da el trabajo cotidiano, transformado con frecuencia en un elemento disgregador. Un ansia totalmente pagana de ejercicio físico y de búsqueda de placeres tiende a profanar el domingo, y a desgarrar la familia: formad un frente que se oponga a esos excesos (*Alloc.* 14-IX-1942).

## El precepto de asistir a Misa

Según la Sagrada Escritura, toda fiesta en honor de Dios debía culminar con la oblación de un sacrificio. En la nueva economía de la gracia, para perpetuar su sacrificio en el Calvario, Cristo instituyó la Santa Misa, dejando expresamente ordenado a sus discípulos: *haced esto en memoria mía* <sup>57</sup>. Y, en efecto, desde la época apostólica las reuniones litúrgicas tuvieron como centro la Eucaristía <sup>58</sup>. A esta tradición se remonta el precepto eclesiástico, confirmado ininterumpidamente desde el siglo IV por el Magisterio de la Iglesia y vigente en la legislación canónica, de oír Misa los días festivos de precepto, entre los que se incluyen todos y cada uno de los domingos <sup>59</sup>. La norma de derecho divino que manda la participación en el Sacrificio de Nuestro Señor, ha sido así declarada y precisada por el mandato de la Iglesia de oír Misa los días de precepto <sup>60</sup>.

Se trata de un precepto que, tanto por la materia como por el modo como viene propuesto, obliga *sub gravi*, a no ser que sea imposible cumplirlo física o moralmente, es decir, cuando se dan motivos proporcionados a la naturaleza del precepto. Además, esas razones excusantes han de ser tanto más fuertes, cuanto más frecuentemente provoquen la omisión de ese deber <sup>61</sup>.

El mandamiento de la Iglesia se cumple sólo con la participación en el Sacrificio de la Misa. Ninguna otra celebración —aunque fuera litúrgica— satisface la finalidad del precepto divino; por lo que la auto-

(57) *Luc.* XXII, 19; *1 Cor.* XI, 25.

(58) Cfr. *Act.* XX, 7; II, 42; *1 Cor.* XI, 17-22.

(59) Cfr. *C.I.C.*, can. 1247 § 1.

(60) Cfr. *C.I.C.*, can. 1248. Según la legislación vigente, ordinariamente se puede anticipar al sábado por la tarde el cumplimiento de la obligación de asistir al Sacrificio de la Misa. Esta concesión se ha hecho para facilitar a los fieles la observancia del precepto, e impone a los pastores de almas la obligación de poner los medios para que no se oscurezca el sentido cristiano del domingo (Cfr. Pablo VI, Instrucción de la Sagrada Congregación para el Culto Divino *Eucharisticum mysterium*, 25-V-1967, n. 28).

(61) Para cumplir con el precepto de oír la Santa Misa es necesario hacerlo con atención al menos externa —es decir, que excluya cualquier actividad que de por sí impida seguir las ceremonias—, unida al deseo o intención de oír Misa; y con presencia corporal —no se cumple el precepto siguiendo la Misa por televisión— y continua. Por tanto, la omisión de una parte importante de la Santa Misa constituye una falta grave.



ridad legítima puede dispensar —en algunas circunstancias concretas y siempre contingentes— de oír la Santa Misa, pero no tiene potestad para conmutarla en sentido estricto por otra práctica piadosa. Quien está imposibilitado de asistir al Santo Sacrificio del Altar, podrá —y es además muy aconsejable— alabar a Dios de otra manera, pero no porque así satisfaga la obligación del mandamiento <sup>62</sup>. Una simple reunión de fieles congregados para alabar a Dios, escuchar una predicación, etc., sin el Santo Sacrificio, tampoco cumple con los requisitos necesarios para el culto perfecto, tal como ha sido establecido por Dios, y que es realizado por sus ministros sagrados que actúan *in persona Christi*.

Por otro lado, precisamente la asistencia a la Misa legítimamente celebrada permite a todos los cristianos participar en el culto debido a Dios. Y esta razón predomina de tal manera sobre cualquier motivo pastoral —que se reúnan los fieles que viven en un mismo lugar, facilidad para impartir la oportuna instrucción religiosa, etc.—, que hace conveniente no subordinar la asistencia a Misa a esas otras consideraciones, ni condicionarla de algún modo; porque ese condicionamiento podría alterar fácilmente la esencia misma del precepto y, desde luego, desdibujaría a los ojos de los fieles su finalidad.

El mandamiento de oír Misa dominical se funda —hay que insistir— en dos realidades de origen divino: la santidad del domingo, como día reservado al Señor, y la plenitud de culto que se realiza en el Santo Sacrificio del Altar, *fuerza y cumbre de toda la vida cristiana* <sup>63</sup>.

*Es el Sacrificio de Cristo, ofrecido al Padre con la cooperación del Espíritu Santo: oblación de valor infinito, que eterniza en nosotros la Redención, que no podían alcanzar los sacrificios de la Antigua Ley. La Santa Misa nos sitúa de ese modo ante los misterios primordiales de la fe, porque es la donación misma de la Trinidad a la Iglesia. Así se entiende que la Misa sea el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano* <sup>64</sup>.

En la labor apostólica es importante enseñar a santificar los días festivos, ejercitándose en la vida de piedad, en las obras de misericordia,

(62) Es, además, opinión común entre los teólogos que, independientemente del precepto dominical eclesiástico, todo cristiano está obligado por mandato divino a asistir alguna vez a la Santa Misa.

(63) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11.

(64) *Es Cristo que pasa*, nn. 86-87.

dedicándose con mayor empeño a la vida de familia, aprovechando el tiempo para mejorar la propia formación cultural o dedicándose a otras actividades de esparcimiento y descanso. Pero es todavía más necesario insistir en la necesidad de cumplir el precepto dominical.

Recientemente se han difundido muchos falsos argumentos, para desvirtuar el valor santo de este mandamiento. Pero todos proceden, en último término, de la misma raíz: *no ama a Cristo quien no ama la Santa Misa, quien no se esfuerza en vivirla con serenidad y sosiego, con devoción, con cariño. El amor hace a los enamorados finos, delicados; les descubre, para que los cuiden, detalles a veces mínimos, pero que son siempre expresión de un corazón apasionado. De este modo hemos de asistir a la Santa Misa. Por eso he sospechado siempre que, los que quieren oír una Misa corta y atropellada, demuestran con esa actitud poco elegante también, que no han alcanzado a darse cuenta de lo que significa el Sacrificio del altar* <sup>65</sup>.

Exhortando a los fieles para que *el domingo volviera a ser el día del Señor, de la adoración y de la glorificación de Dios en el Santo Sacrificio, de la oración, del descanso, del recogimiento y de la reflexión, del feliz encuentro en la intimidad de la familia*, y refiriéndose a la campaña materialista para *borrar de los domingos su impronta divina*, Pio XII decía que *indudablemente el éxito de la lucha entre la fe y la incredulidad dependerá, en buena parte, de lo que uno y otro frente opuestos sepan hacer del domingo (...). He ahí abierto, esperándoos, un amplio campo de acción. Lanzaos valientemente a la obra, y contribuid a devolver el domingo a Dios, a Cristo, a la Iglesia, a la paz y a la felicidad de las familias* <sup>66</sup>.

---

(65) *Ibid.*, n. 92.

(66) Pio XII, *alloc.* 7-IX-1947.